

GUADALUPE ARBONA ABASCAL Y ANTONIO MARTÍNEZ ILLÁN / JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO: RETRATO EN CUATRO TIEMPOS Y MEDIO

Decir un hombre en la raya es hablar de José Jiménez Lozano. Eligió vivir siempre en las fronteras. Su obra nace a la intemperie, la escribió a cielo descubierto, sin más techo o protección que el que la escritura misma le fue ofreciendo. Se va gestando con incertidumbres, pero cierto de que tenía algo que contar. Pasó la vida escribiendo y leyendo. Y esta forma de vida no parece tener más ley que la aprendida en maestros como Pascal, Simone



 José Jiménez Lozano con los anteojos que recibió de la familia de Pablo de Olavide

Weil, Flannery O'Connor, Leon Bloy, «la Teresa» o Ignacio Silone. Una idea de lo que debía ser la escritura —y la vida— que por su radicalidad, pocas escrituras resisten la comparación. Los años, las muchas lecturas, los muchos libros o la vida en el campo hicieron que aprendiera a vivir en la inestabilidad de quien libremente se sitúa en el borde. Podríamos hablar de la frontera que para él era Castilla en la historia de España o de los límites entre géneros —siempre dando un nuevo impulso a la parábola, al manuscrito encontrado o a los libros de viajes—. Por eso creemos que la obra de José Jiménez Lozano, más allá de las intersecciones que frecuente, se asienta en las fronteras del tiempo y de la palabra. Es la obra de un hombre en la raya.

Su figura nos aguarda siempre con alguna sorpresa. Cuando parece que hemos consignado los títulos de una obra inmensa, aparece un cuento publicado aquí, en *Ínsula*, en 1977 o un prólogo a una poeta joven; cuando no un artículo sobre política internacional sin firmar en las páginas de *El Norte de Castilla*, un relato sobre los judíos conversos en la España del siglo XVI o un documento sobre la Guerra Civil publicado en una revista italiana. Estas obras que señalamos de José Jiménez Lozano no son menores, pueden serlo en extensión, pero no en lealtad y seriedad respecto a aquello a lo que se refieren. Escribir un retrato del «maestro de Alcazarén» en cuatro tiempos se nos queda corto. Por eso añadimos otro medio. La insuficiencia no procede tanto de los textos que puedan escapárseles, sino de la pregunta que llevamos tiempo haciéndonos: ¿De dónde nace una obra tan vasta, tan comprometida, a la vez que tan cierta de su alegría?

Este retrato quiere transmitir la curiosidad que suscita su obra toda. Los escritores, críticos, profesores y editores que participan en estas páginas de *Ínsula* dicen de esa rara y hermosa escritura y así nos ayudan a seguir preguntándonos. ¿Qué nos dan esas horas pasadas en su compañía —que eso era para él la cultura, «un asunto de grandes amistades»? ¿Cómo cambian la forma de

mirar el mundo, la historia, con sus injusticias y sus secretos? ¿Qué tienen sus relatos y sus figuras para llegar hasta lo más genuino de nosotros mismos? ¿Qué hace que su poesía abrace los dramas de todos los tiempos y transparente el más tierno orden de la naturaleza? ¿Qué le permite hacerse interlocutor de un filósofo francés, un morabito, un ilustrado condenado, un gorrión, un patriarca bíblico, una lavandera con sabañones o una monja rebelde? La

indagación en sus literaturas nos empuja hacia un origen inagotable. Quizás convenga no precipitarse en la respuesta. Tal vez sea mejor decir con Gustavo Martín Garzo que su voz es todo y es nada. Y claro eso hay que descubrirlo. En eso estamos.

Lo primero, es el carácter único de la voz de Jiménez Lozano en la literatura española. Desde los primeros libros se nos presenta como un escritor empeñado en ser libre, escribiendo una obra que es de índole existencial, algo que en la tradición española lo emparenta con Unamuno, con Antonio Machado, con Juan de la Cruz, pero poco más. Existe el Jiménez Lozano ensayista, que fue depurando su mirada sobre el paisaje y las gentes, para mostrar cómo habían vivido y convivido en Castilla con sueños del paraíso pintados con añiles. Ahí queda la *Guía espiritual de Castilla* (1994). El narrador, con sus más de diez libros de cuentos y su casi treintena de novelas. El escritor de diarios, único en España, afín en estos cuadernos a Julien Green o a Ernst Jünger por sus intuiciones para expresar su realidad y la sustancia de su tiempo. El articulista durante toda su vida. Y el poeta, de una poesía que se fue convirtiendo en palabra desnuda, próxima al silencio que nombra la belleza entrevista en la fugacidad de sus días. Ensayos, poemas, narraciones y diarios comparten temas y preocupaciones. Una red hecha en torno a la pregunta radical por el vivir y el morir.

Las raíces de esta escritura hay que buscarlas en el universo que forman las muchas lecturas, en su biblioteca. Su linaje se encuentra tanto en la tradición bíblica y el mundo greco-romano, como en la literatura y el pensamiento francés (Péguy, Voltaire, Montaigne, Lévinas, Bernanos, Chateaubriand), en los anglosajones (Shakespeare, Donne, Keats, las Brontë, Emily Dickinson, Willa Cather). Viajó con los nórdicos (Laxness, Hamsun, Gunnarsson, Lagerkvist) y de vuelta llegó hasta Japón y, siempre, en la tradición española. Lee pronto a Galdós, Baroja y de la mano de Azorín llegó a los clásicos. Sigue el pensamiento de Américo Castro, de Una-

muno, de Antonio Machado; Teresa de Jesús, Juan de la Cruz y Cervantes permiten entender la raigambre de una voz que es conciencia existencial de nuestra historia. Valgan los cuatro momentos que siguen, como cuatro pinceladas, para aproximarnos —solo eso— a las vibraciones que produce una voz tan singular en el pensamiento y en la literatura hispanos del último medio siglo.

Langa: candelas y susurros

El primer momento de la infancia transcurrió en Langa, durante la Guerra Civil y la posguerra, un pueblo de la provincia de Ávila que tenía poco más de 150 habitantes cuando él creció. Vivió allí de 1930 a 1944, y luego pasará temporadas hasta que cumple 22 años y comienza a estudiar Derecho en la Universidad de Valladolid. Jiménez Lozano dijo conservar una memoria vaga de aquellos años, pero lo vivido supuso el aprendizaje primero y durante toda su vida volverá a ese mapa de la infancia. Como le confesaba a Gurutze Galparsoro: «Yo creo que todos los que vivieron la Guerra Civil, y los que vivimos la postguerra, llevamos esa vivencia dentro; (...) Cuando se es herido profundamente en la niñez y en la adolescencia, eso se arrastra para siempre. Lo que pasa es que yo he escrito, y en la escritura está esa memoria, y el rastro en mí de todo aquello se hace público, mientras que en otros queda oculto» (1998: 92). Aquello que permanece tal vez, en el fondo del olvido, es lo que quedó. Los relatos de represiones, de los vencidos, de los asesinados, de condenados y los marcados van unidos a un lenguaje y un modo de contar. Eso solo podía ser dicho con insinuaciones y silencios. Como fray Luis de León, Jiménez Lozano reconocía que la lengua aprendida en la niñez, de las mujeres que trabajaban en su casa, es la lengua con la que escribirá. Sus ensayos y narraciones tienen un carácter oral que puede explicarse por el castellano empleado entonces por labradores y por las gentes de Langa. Aquellos años desarrollaron una memoria auditiva que resuena en su escritura. Creció en un mundo que ya no existe, donde había mulas, mesones, hidalgos, boticarios y cordeleros: la vida rural. Eso le dio una familiaridad con un léxico, con una manera de nombrar que le permitía tener un diálogo con los clásicos, con la naturalidad que tiene quien sabe que habla una misma lengua.

El Norte de Castilla y Los cementerios civiles

El 17 de septiembre de 1976 un grupo de amigos llega al cementerio de Piedrahíta en Ávila. Han costeado una lápida que bajo una



cruz lleva como leyenda: «José Somoza. Poeta. 1781-1852. Amó a su pueblo, Piedrahíta. Amó la Libertad. Amó las letras» y que van a inaugurar. Entre ellos están José Jiménez Lozano y José Luis Cano, que cuenta que la lápida anterior desapareció: «¿quizás durante la Guerra Civil, en que el “hereje” Somoza debía de estar mal visto?» (2008:85). En el acto, Ricardo Gullón y Cano leen unos textos. La anécdota, recogida en una nota en *Los cementerios civiles* (1978), nos ayuda a entender algún rasgo del periodismo y de las preguntas que alienan el pensamiento de Jiménez Lozano.

Primero, qué tipo de periodismo. Llegó al periodismo porque buscaba escribir. A comienzos de los años cincuenta Jiménez Lozano estudia en Valladolid y se une al grupo de aquellos que se juntaban en torno a Miguel Delibes. Con algunos fundó Delibes la sección

«El caballo de Troya». El primer libro que publica Jiménez Lozano es una selección de las columnas escritas en esos años, *Un cristiano en rebeldía* (1963). Pasaría por la Escuela Oficial de Periodismo, trabajaría como colaborador en varios medios, sería corres-

pensal en Roma para *El Norte* y *Destino* durante el Concilio Vaticano II y en 1965 entraría a formar parte de la redacción de *El Norte*, del que fue subdirector veinte años y director de 1992 hasta su jubilación en 1995. El periodismo, cuando él empezó, era entendido con un sentido crítico que luego perdió. A Arcadi Espada le dirá: «El periodista no

tenía el sentido juzgador que hoy tiene. Nosotros escribíamos para el lector, en un sentido de entrega, de servicio. ¿Me entiende? Es la actitud cultural básica, yo creo. Uno recibe las cosas y las entrega» (2003: 12).

Lo recibido le viene de sus numerosas lecturas, de la búsqueda en archivos y bibliotecas de expedientes, de «informes de personas importantes» para saber de las vidas de aquellos que por su libertad ideológica han sido rechazados. Hay algo que pronto aprende de Américo Castro, la necesidad de la *vividura* para comprender el sentido de la historia. Las vidas que a él le atraen son aquellas que han pagado el precio del sufrimiento espiritual por su conciencia. Aquellos que han sido juzgados como heterodoxos por

G. ARBONA
ABASCAL Y
A. MARTÍNEZ
ILLÁN /
JOSÉ JIMÉNEZ
LOZANO...

 Jiménez Lozano de
joven



 Paisaje de Langa
(Ávila), aldea natal de
Jiménez Lozano





G. ARBONA
ABASCAL Y
A. MARTÍNEZ
ILLÁN /
JOSÉ JIMÉNEZ
LOZANO...

los suyos y por los de fuera. Con el periodismo, con sus artículos pretendía acercar estas vidas e historias ajenas a las preocupaciones principales del momento. Daba igual si las cuestiones eran inmediatas —una legislación o las elecciones—, él siempre les da un alcance que permite ver la dimensión cultural, el sentido histórico que aquello puede llegar a tener.

De *El mudejarillo* al Premio Cervantes

Muchos años después de la publicación de *El mudejarillo* (1992) un amigo le escribe y le cuenta que en la Plaza de la Villa en Arévalo había un titiritero que declamaba para los niños el capítulo que cuenta el viaje del niño Juan de Arévalo a Medina del Campo. El titiritero no sabía de dónde venía ese relato que alguien le había pasado. Aquella historia le dio alegría. Así sucedía que la narración que había escrito había dejado de ser suya. Tampoco era de quien la contaba; se había convertido en una historia de quien la escuchaba en medio de la plaza. Él, tal vez, ya solo era un instrumento de las palabras y de unas escenas sobre la vida de Juan de la Cruz que había ido guardando, y lo escrito había seguido su vida. Y, sin embargo, *El mudejarillo*, más que ningún otro texto suyo, nos pone ante la indigencia del contar, del lenguaje o del nombrar y se percibe un cambio en esos años en las palabras y en la conciencia que tiene de la narración.

En el otoño de 1991 anota en el diario: «Estoy apuntando unas cuantas historias en torno a Juan de la Cruz, como para un Cartapacio de la vida en torno a él. Por ejemplo, la historia de un candelero, que brota de repente porque tengo una candela que me han enviado y amo las candelas y los candiles aún más que los espejos» (1996: 136). Esas historias conformarán *El mudejarillo*. En la novela, el narrador conversa con Cervantes hacia el final y le enseña el cartapacio con los papeles de fray Juan «y los versos de la noche y de la esposa, hasta que la alegría nació en nuestros corazones y en las palabras más sueltas que decíamos y, a la postre, en los recuerdos» (1992: 168). En esta relación entre memorias, palabras y la alegría de los versos nacen las obras que escribe en estos años.

Y, tal vez, *El mudejarillo* no sea más que esto, el revivir la aventura de Juan de Fontiveros en la suya, haciendo patente una complicidad interior y existencial que venía de muy atrás y que solo entonces decide escribir. Jacinto Herrero dirá que a partir de *Los grandes relatos* y de *El mudejarillo* los libros de Jiménez Lozano «son el intento de salvarse de estas devastaciones —del tiempo— huyendo a la infancia» (2007: 17). Y lo será de forma más neta en sus últimas novelas, *Retorno de un cruzado* o *Se llamaba Carolina*. En la última década del siglo XX publicará once novelas y en todas ellas nos encontramos personajes víctimas de la sinrazón y complejidad del mundo moderno. Hombres en la raya, vagabundos, profesores víctimas de los bárbaros, señoras de otro tiempo que el

Estado dictamina que requieren de los servicios sociales. Las narraciones nos muestran que, en medio del absurdo, la pérdida y el mal, también en esas vidas hay momentos para la alegría (*Las señoras*, *Un hombre en la raya*, *Los compañeros*). El autor comparte con sus personajes la soledad y la ironía con la que mira el mundo.

Los años hacen que Jiménez Lozano se sienta cada vez más próximo a sus primeras lecturas, a Cervantes y a Teresa de Jesús. En *Don Quijote* o en *Las moradas* encuentra una lengua que nombra «con palabras reales y verdaderas», una lengua de siglos y renovada, fresca en la pluma del autor capaz de expresar la mirada más sabia sobre la realidad de su tiempo, que es también el nuestro. Así, en 1988, hablando de estos dos libros escribe: «La pos-

modernidad consiste en mostrar a los caballeros andantes lo que ocurre cuando se trata de hacer favor a Andresillo, el criado de Juan Haldudo» (1992a: 248). Razón y realismo cervantinos —que en él se unen con el de «la Teresa»— cuya fuente se encuentre tal vez en la soledad de muchos años. Para él, Cervantes escribe lo que escribe porque es un hombre que ha vivido, no un intelectual. A esas alturas de su vida, Jiménez Lozano ya disfruta de lo que Valentí Puig describe a la perfección: «Es la gran ventaja de la soledad inexpugnable y de la voluntad de escribir a contracorriente, dando gracias a la vida».

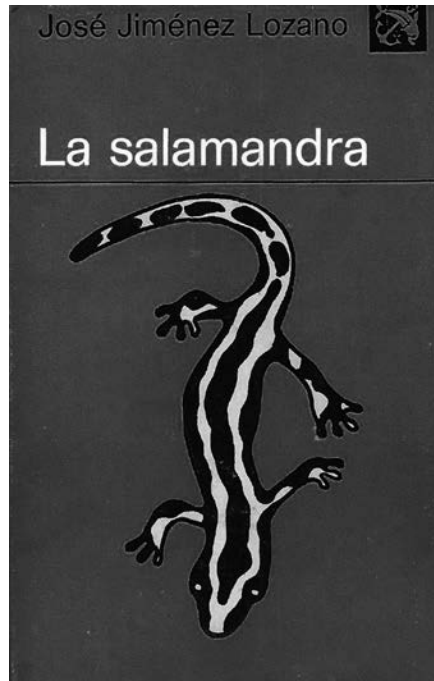
El Premio Cervantes (2002) no cambió nada en su escritura y poco en su vida. Hombre agradecido y de una humildad y timidez extremas, José Jiménez Lozano pasó tiempo escribiendo el discurso del Cervantes, buscó con empeño en aquellas semanas saber de los «espartillos» de don

Miguel y todo aquello dio lugar a *Las gallinas del Licenciado* y a sus conferencias en la Residencia de Estudiantes. En esa publicación, *El narrador y sus historias*, explicó con claridad que la conciencia del lugar en el mundo de Dostoievski y Cervantes como *outsiders* se debía a la idea radical que tenían de la escritura. Él había descubierto con ellos que solo en la soledad y el apartamiento del mundo se encuentra una libertad creativa verdadera.

Nunca se trató de escribir bien, era algo más: los años hicieron más radical su compromiso con lo que consideraba el arte verdadero. Todo lo que escribe expresa de una manera u otra la conciencia de que solo importa una cosa en literatura: si las palabras levantan vidas, si transparentan o no el compromiso que para él significa escribir, por encima de modas o reconocimientos. Sus escritos, fuente de desasosiego y dudas en los años anteriores, expresan ahora su razón de ser, aunque se trate de escribir un divertimento sobre el absurdo de los servicios sociales. Para él, la escritura es la única manera de mantener la alegría y hasta la esperanza.

Hacia el final: una extraña sabiduría

En 1988 publica *El grano de maíz rojo*, en el relato que da título al conjunto Jiménez Lozano crea una historia en un territorio mu-



chas veces recorrido, la Europa luterana. En este relato se cuenta la crisis religiosa de un pastor de aldea. Su crisis hace hablar a los habitantes del pueblo: el carnicero, el sastre y el maestro. Todos ellos coinciden en que la vida lo «devora todo» y mientras se lamentan, se oye la voz de una anciana que rezonga y agita en un cuenco granos de maíz, buscando uno rojo. Y lo encuentra. Este hallazgo contiene la esperanza y la promesa de respuesta al dolor de la anciana. El relato habla de esa mirada del escritor que, muy consciente de las crisis de la historia y heridas de quienes la habitan, descubre, a través de un descosido en la trama del vivir, la esperanza. Son los «Viernes Santos», *leitmotiv* de su escritura: «—¡Es un Viernes Santo frío, este! —le dijo una mujeruca que estaba allí, a la puerta de una de las primeras casas del pueblo, como esperando a alguien o algo, mirando al cielo raso» («La flor del almendro», 1993: 64-65)

La esperanza, esa niña débil según Péguay, deja en sus obras una alegría rotunda e infantil y una ironía que dan que pensar. Es curioso recuperar un artículo de Elisa Lamas en *Destino*, en el que cuenta su cena con Delibes y Jiménez Lozano. Estamos en los años sesenta y confiesa la pionera del feminismo que el escritor «me tiene intrigada» porque ha escrito sobre «nuestra sangrienta y despiadada historia y esa historia que dista mucho de ser alegre. Sin embargo, de su lectura se desprende un hálito de alegría» (1967: 31).

Pues bien, esta alegría, siempre presente, tal vez escondida en los pliegues de su escritura al principio, se va haciendo más luminosa a medida que avanza el tiempo. Lo ha reconocido Amparo Medina Bocos que señala que con *Sara de Ur*, de 1989, se abre una nueva etapa. No solo la que pinta a una mujer bíblica riente, sino que se vuelve al origen de la narración que está en el texto bíblico. Y así, se sucederán los relatos que Pozuelo Yvancos ha llamado con acierto «fábulas» y en los que hace descansar la sabiduría del escritor.

También se percibe un cierto cambio en la poesía. Al cumplir 70 años publica el libro más pequeño de todos, *Pájaros* (2000). A partir de entonces su poesía se convierte en la expresión de lo esencial en cuya búsqueda ha empeñado su vida. Escribe poemas mínimos, salidos de un arte largo y exquisito de poda. Son poemas que en cuatro versos contienen toda la metafísica de su mirada al mundo. De alguna forma, la narración y sobre todo la poesía de sus obras finales recuperan su mirada de niño que nunca perdió. Se percibe una serenidad y una conciencia de estar, como dice Martín Garzo «severamente armonizado con el mundo». Ese grano de maíz rojo que pasó inadvertido para las gentes de su cuento, se abre camino. Lo reconoce J. A. Cilleruelo, en una crítica a *La estación que gusta al cuco*: «Mientras las obras de sus contemporáneos, y también de las generaciones posteriores, se ensombrecen hundidas en el pozo del paso del tiempo y se agotan en el bucle de la idea de la muerte, la poesía de Jiménez Lozano rezuma en cada libro mayor optimismo vital» (2011: 4).

La alegría madura del escritor nace de una concepción de la cultura: «La cultura exige una curiosidad infantil» (2003: 74). Esa que nace de la «extrañeza y admiración porque el mundo sea pudiendo no haber sido» (2011: 22). Esta forma de mirar el mundo, con curiosidad, se mueve entre dos aguas. Por un lado, está la admiración de la que habla en *Jot Down*, a sus 88 años, afirmando con una amplia sonrisa: «Merece la pena vivir porque hay personas, hay pájaros, hay cosas que están excelentemente bien». Por otro lado, una extrañeza, esa que descubre las heridas del mundo. Así, se convierte en ironía sobre sí mismo como para evitar convertirse en mercancía. Lo es el viaje de ese profeta, pequeño, cobarde y rebelde, además de trasunto del autor en *El viaje de Jonás*

(2002) y de una manera descabellada lo es en *Memorias de un escritor* (2018). En esta biografía fabulosa que se atribuye tanto a sí mismo como a uno de sus personajes, es decir, el maestro Huidobro en el que se desdobra. Es también crítica sobre nuestro mundo como se ve en su último poemario, por ejemplo el titulado, «Spain, un dulce hogar»: «Los pobres están tan calentitos, / en sus buenas chabolas. Los viejos están tan calentitos, / en sus excelentes residencias. / Los niños están tan calentitos, / viendo la tele. / Los libros hacen bien bonito, / en sus anaqueles. / ¡Qué hogareña es España!» (2022: 56). Y doloroso sarcasmo. En su último diario, *Evocaciones y presencias*, cita a Wendell Berry, para darle la razón en que nuestro mundo ha reducido el yo a máquina, mecanismo y algo predecible. Frente a estas reducciones, el escritor fue descubriendo cada vez más que la vida es para amarla en su impredecibilidad y belleza. Así lo decía de sí

en 1992 «amador de la vida / que corre tan deprisa» (1992b: 45) y lo repite en su poemario póstumo: «Mira atentamente / las joyas que la mañana te presenta, / y guarda alguna en tu memoria, porque / no volverás a verlas. / Nunca» (2022:38)

Se nos acabó el tiempo. Hemos abocetado los cuatro tiempos y aún nos queda ese medio que sigue siendo una interrogación. O con palabras de J. R. González, hemos intentado una «indagación en movimiento» y aún no hemos encontrado una respuesta que dé cuenta de «eso» que da calor y tensión a su obra. Estamos ciertos de que es mejor así, dejar ese medio en el ánimo del lector, y así que cada cual pueda descubrir si efectivamente su poesía «cala como agua limpia y fresca en el lector» (Sánchez Rosillo); tanto como sentir con él si las heridas del mundo tendrán enfermera que las alivie y repare. La puerta está abierta porque el escritor de Alcazarén no entendía el ser sin el ser de los otros.

G. A. A.—UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
A. M. I.—UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Bibliografía

CILLERUELO, José A. (2011). «La estación que gusta al cuco de José Jiménez Lozano», *El Ciervo*, nº. 722, p. 46.

G. ARBONA
ABASCAL Y
A. MARTÍNEZ
ILLÁN /
JOSÉ JIMÉNEZ
LOZANO...





G. ARBONA
ABASCAL Y
A. MARTÍNEZ
ILLÁN /
JOSÉ JIMÉNEZ
LOZANO...

ESPADA, Arcadi (2003). «José Jiménez Lozano. Un Cervantes muy castellano», *El País Semanal*, nº. 1377, pp. 10-14.
HERRERO ESTEBAN, Jacinto (2007). *Escritos recobrados*, Ávila, edición del autor.
JIMÉNEZ LOZANO, José (1992). *El mudejarillo*, Barcelona, Anthropos.
— (1992a). *Segundo abecedario*, Barcelona, Anthropos.
— (1992b). *Tantas devastaciones*, Valladolid, Fundación Jorge Guillén.
— (1993). *El cogedor de acianos*, Barcelona, Anthropos.
— (1996). *La luz de una candela*, Barcelona, Anthropos.
— (1998) y GALPARSORO, G., *Una estancia holandesa*, Barcelona, Anthropos.
— (2003). *El narrador y sus historias*, Madrid, Residencia de Estudiantes.

— (2008). *Los cementerios civiles y la heterodoxia española*. Barcelona, Seix Barral (1.^a ed. Tusquets, 1978).
— (2011). «El origen del conocimiento: la extrañeza y la admiración porque el mundo sea», en ARBONA, G. et al. (eds.), *Liberar la razón. El conocimiento universitario y el sentido religioso en confrontación*. Madrid, Fragua, pp. 19-31.
— (2022). *Esperas y esperanzas*, Valencia, Pretextos.
— (2022a). *Evocaciones y presencias*, Almería, Confluencias.
MEDINA BOCOS, Amparo (2005). «Introducción», en José Jiménez Lozano, *Antología de cuentos*. Madrid, Cátedra, pp. 13-126.
LAMAS, Elisa (1967). «Una cena en Valladolid», *Destino*, Barcelona, nº. 1547, p. 31.
MORENO, Luis F. (2003). «La palabra intelectual me produce horror», *La Gaceta*, 4 de enero, pp. 1 y 74.

MANUEL REYES MATE / LA TEOLOGÍA POLÍTICA DE JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

El escritor abulense afincado en Alcazarén deja una obra escrita en múltiples claves. Autor de cuentos y novelas, ensayista, periodista y poeta, lo mismo hace incursiones en la historia que en la mística. Decía Hannah Arendt de Walter Benjamin que pensaba en forma poética, sin ser poeta; que escribió como nadie sobre el pasado sin ser historiador; que buceó en la religión sin ser teólogo; que tenía una cultura mundial sin ser un erudito. Para responder a la pregunta de qué era lo propio de un ser tan polifacético tuvo que pedir ayuda al *das bucklichte Männlein*, un entrañable hombrecillo del imaginario infantil protagonista de los cuentos alemanes. Lo propio de esta figura literaria, tan ingenua y frágil, era contemplar el mundo como si este acabara de ser creado. Benjamin parecía como que lo descubría todo por primera vez: la belleza del caos, la torpeza de la inteligencia, el colorido de lo marginal... Por eso la madre pedía a Benjamin que rezara todas las noches para que no les faltara la mirada capaz de asombrarse.

Algo parecido puede decirse de Jiménez Lozano. Es verdad que tuvo una profesión, periodista, pero el resto de sus aficiones fueron por libre, al margen de compartimentos académicos. Difícil pues encasillarlo porque el escritor es también ensayista y el ensayista poeta. Para entenderle hay que descubrir la atalaya desde la que él miraba el mundo. Sólo entenderemos el alcance histórico de Jiménez Lozano si descubrimos la naturaleza del vínculo que atraviesa todas sus actividades o la luz que ilumina todas sus incursiones pues de lo contrario todo quedaría en decir que fue un buen novelista o un estimable poeta o un ingenioso ensayista o un erudito articulista o un divertido conferenciante. La existencia y potencia del vínculo es lo que conforma su *status* histórico. Si no queremos



convertir a Jiménez Lozano en una prolongación de nuestra propia sombra, deberíamos acercarnos a ese su propio punto de vista.

No soy un especialista en Jiménez Lozano. Es verdad que le conocí en los años sesenta, que me hizo el favor de su amistad, que le he leído cuando no se le leía, que he hecho reseñas suyas cuando todo eran resistencias, que he leído manuscritos

suyos que nadie quería publicar, que he conversado mucho y aprendido más, que he estado muchas veces de acuerdo y otras, no, que le he visto cambiar a lo largo de los años como hace todo el mundo. No soy especialista, pero le conozco lo suficiente para pensar que no se le ha hecho justicia. No me refiero al reconocimiento público que merezca, sino a su valoración histórica. No son honores lo que le falta sino reconocer en qué su figura ha aportado, a través de sus múltiples actividades, algo singular a la cultura de sus contemporáneos.

* * *

Ya me gustaría responder certeramente a esa pregunta. Me contento con que se considere pertinente este planeamiento, a saber, que sólo se valorará debidamente a Jiménez Lozano si entendemos que hay en él algo singular que informa su pensamiento y sus escritos. La manera de demostrar la validez de esta hipótesis es ensayar una respuesta que puede estar equivocada o ser insuficiente, pero que invitará, a quien así piense, a mejorarla y, por tanto, a avanzar en el descubrimiento de Jiménez Lozano.

Ese hilo más o menos oculto que recorre toda su obra es el de una teología política. José Jiménez Lozano ha sido un intelectual

En la habitación
en la que se hospedó
Antonio Machado
en Segovia